



IMPRESIONES DE VIAJE

ESQUIVIAS

El pueblo, mancha terrosa que apenas se dibuja sobre el paisaje, es como una agrupación de ondas ocres que se aprietan bajo el cerro de Santa Bárbara. El caserío es pobre, igual; sólo perfilándose sobre el cielo, aunque no en el lugar más eminente, una torre destaca su traza mudéjar y su chapitel barroco; y cerca, la picota, sola, aislada delante del espacio destinado al bárbaro espectáculo; y también el convento, hecho cuartel, con su bella y maltratada mole de ladrillo, de gusto herreriano.

La calle Real



ODA villa española que merezca serlo tendrá su calle Real, y es así como ésta cruza a Esquivias, como cruzará a pueblos y pueblos hasta llegar a un mar en el que esperan unos barcos que van a Flandes y a Italia abarrotados de gente armada, y que lleguen de las Indias llenos de oro y de aventuras.

La calle Real habrá nacido en un bello día de epopeya en un rincón de unas montañas norteñas, húmedas y verdes, y habrá ido creciendo y creciendo hasta llegar a aquel mar; y así como el Guadiana se pierde en la tierra para salir de ella acaso con más brío que el que a su entrada llevara, así la calle Real aparece en el otro lado de ese mar, y de muchos mares, y cruza ciudades y villas, siempre festoneada con la guirnalda

de una bella arquitectura, que es humilde unas veces, jactanciosa otras, ora sobria, ora profusa, blanca y luminosa en ocasiones, opaca y adusta en otras; pero siempre llena de un mismo sentido viril, serio y armonioso.

Los arrieros, con sus galeras repletas, que han rodado por todos los pueblos de los más bellos nombres, recorren la calle Real y dejan sus mercancías en los soportales que cobijan la policroma colección de escaparates, y otras veces llevan la carta importante al palacio que sobre ella asienta su portalada. En esta calle la gente moza ha dejado un día sus adioses; alguno sentía acercarse a los ojos una lágrima según el pueblo se le iba quedando atrás; y algún otro no volvió, que la vil envoltura de su ánima esforzada quedó bajo la tierra de la misma calle Real

que en algún país lejano iba trazando la punta de una espada.

¡Dichoso el caminante que pueda recorrer de punta a punta la calle Real!

Cuando la calle pasa por Esquivias lo hace entre edificaciones modestas; va cambiando Castilla porque ya apunta la Mancha: el ambiente se hace más luminoso, el color más pardo.

Al fondo de los zaguanes, y en los patios, se divisan al pasar las tinajas del Toboso, ya enteras, con el agua para beber, o ya partidas, sirviendo de artesa. Se levantan a los lados paredes

de adobe y de tapial, tan pobres, acaso para mejor ostentar la belleza de los hierros de puertas y ventanas que en ocasiones lucen como una sortija en manos de un pordiosero.

Coloquio

El caminante se ha detenido y está tomando el apunte de un bello aldabón. Reproduce éste un galgo magistralmente estilizado; hay que remontarse a la leona herida de Asiria para encontrar algo semejante: tiene toda la gracia del arte popular, y, sentidísimo de línea, reproduce seguramente un modelo del natural, pues el bicho es de la casta de la tierra.

Pero he aquí que el dibujante empieza a ser rodeado, y acaba siéndolo por el grupo de unos cuantos vecinos que han acudido llenos de amable curiosidad. Y no pasan unos instantes sin que lluevan comentarios.

— *Lo que es el no entender* — dice uno —. *¡Y a nosotros que no nos gustan estas cosas viejas?*

— *Pues tienen mucho mérito, según dicen* — apunta otro más ilustrado.

Y un tercero, joven y sanguíneo, comenta:

— *Pues a mí, de las mujeres, me gustan las jóvenes y no las viejas.*

Y cuando el caminante se disponía a contestar al primer interlocutor, se ha encontrado inopinadamente conforme con el tercero, y, lleno de confusión, vencido, se ha callado.

Arte cívico

PARA construir un pueblo que, con su forma y su color, dé exactamente la traza que *geográficamente* le corresponde, es el mejor procedimiento el que en Esquivias se sigue: el mismo barro de la calle sirve para las reparaciones de menor cuantía, y lo demás se hace de tapial, o de barro y cantos, y si hay más de un piso, el tapial va rellenando un entramado de madera; de este modo se obtiene para toda la arquitectura un color *base* que es el mismo del paisaje, y no podrá haber audacia ni enlucido que rompa esta armonía, pues bastarían unas lluvias bienhechoras para restablecerla.

Cuanto se diga de la fineza de color de la plaza del Ayuntamiento será pequeño comentario; casas azuladas, casas rosadas, casas blancuzcas..., y se llega a esta plaza después de pasar por entre una monotonía ocre que hace apreciar y desear esta nota como suma de lo agradable.

Hay también algunas edificaciones en cuya construcción entra el ladrillo, o la mampostería entre cadenas de ladrillo, al modo del país; pero estas fábricas son las menos y denotan cierta riqueza y abolengo; así son las bellas casas barrocas de la calle de los Caballeros.

Las perspectivas, siempre pintorescas, las dan los distintos niveles y la colocación de la casa, según el gusto del que ha de habitarla: nada de rasantes ni de alineaciones, que son dureza de línea. Se distingue ese grupo de viviendas que están colocadas como un ramo sobre la fuente de Carlos III, y también la perspectiva desde la puerta de Santa María: arriba se divisa la ermita de las procesiones y las romerías, y delante de ella las edificaciones que parecen apoyarse las unas sobre las otras, ya que se confunden los distintos términos, engañada la vista por la limpidez del ambiente.

Viviendas

Ricas o pobres, siempre tienen el zaguán con los muebles sencillos de pino y las sillas de paja; la cocina, de ancha campana, en la que los cacharros hacen la ornamentación; las alcobas con las paredes de cal y el crucifijo negro destacándose sobre su blancura, y en la cama, la colcha de dibujo complicado que en los días de fiesta servirá de repostero. El gabinete tiene la cómoda, que parece un

altar con su velete de lienzo y con su adorno de flores y santos, y una mesita, y sillas de vaqueta y el brasero; y además las paredes llenas de cuadritos: fotografías de los familiares cuando visitaron paisajes de corcho, estampas de toreros, recortes de periódicos, espejos de pretencioso marco y deslustrado cristal, y mil cosas más, y acaso hasta una pila de agua bendita.

La parte de madera de la construcción que está visible se pinta de oscuro o se deja en su natural color; solamente en el techo de una casa, que ahora es estanco, hay una viga valientemente policromada con colores enteros.

Algunas casas tienen el patio antes del zaguán, después otras, algunas no lo tienen, y otras hay en que está en el centro de la vivienda y rodeado de columnas que a veces son de fuste de madera; y en ellas este patio aparece decorado por el entramado del tapial y, cuando existen, por las barandillas, que siempre tienen muy sentidos perfiles. En el patio está el pozo, el corral, la cuadra, el granero o pajar, el almacén de los aperos de labranza y todos los servicios rurales y domésticos.



La casa de la mujer de Cervantes

Dicen de ella que tiempo ha estaba en el límite del pueblo por el poniente, cuando las mieses llegaban hasta las propias tapias. Casa hidalga es, que luce un escudo bajo las bardas, y modesta, pero no pobre, sino llena de una sencilla nobleza.

Empotrada en la tapia y protegida por su tejadillo, la puerta da acceso al pequeño patio, al fondo del cual están las habitaciones de los criados; a un lado el pozo, adosado al chafalán, que por fuera muestra el blasón, y al otro la vivienda, y rodeándola un estrecho patio, en el que se muestra la tinaja, que refresca el agua en la sombra, y por él se llega al patio grande, lleno de luz, que tiene las dependencias de labranza y las *puertas del campo*.

El zaguán

VNA sobria disposición, claridad de estructura, sencillez; un sossegado ambiente, tranquilidad de línea, armonía; nada superfluo, y de lo necesario, todo. Limpio suelo de baldosa refleja en tonos cálidos la luz; claras paredes de cal: transparencia. El negro entramado aparente, y sobre las viguetas las córvas bovedillas blancas. Un solo lujo: el discreto de la escalera con los fuertes, bellísimos y torneados balaústres. Muebles sencillos, no ricos ni excesivamente cómodos; cuadros de opacos colores, y, en fin, toda la escena de la rural e hidalga vida castellana.

LA CASA DE LA NOVIA DE CERVANTES

«... La casa está avanguardada de un patio con elevadas tapias; hay en él una parra y un pozo; el piso está empedrado de menudos cantos. En el fondo se levanta la casa; tiene dos anchas puertas que dan paso a un vestíbulo, que corre de parte a parte de la fachada. El sol entra en fulgidas oleadas; un canario canta. Y yo examino dos grandes y negruzcos lienzos, con escenas bíblicas, que penden de las paredes. Y luego, por una ancha escalera que a mano derecha se halla, con barandilla de madera labrada, subimos al piso principal. Y hétenos en un salón de la misma traza y anchura del vestíbulo de abajo; los dos espaciosos balcones están de par en par; en el suelo, en los recuadros de viva luz que forma el sol, están colocadas simétricamente unas macetas. Adivino unas manos femeninas, suaves y diligentes. Todo está limpio; todo está colocado con esa simetría ingenua, candorosa — pero tiránica, es preciso decirlo — de las casas de los pueblos. Pasamos por puertas pequeñas y grandes puertas de cuarterones; es un laberinto de salas, cuartos, pasillos, alcobas, que se suceden, irregulares y pintorescas. Este es un salón cuadrilongo que tiene una silliería roja, y en que un señor de 1830 os mira, encuadrado en su marco, encima del sofá. Esta es una salita angosta, con un corto pasillo que va a dar a una reja, a la cual Cervantes se asomaba y veía desde ella la campiña desmesurada y solitaria, silenciosa, monótona, sombría. Esta es una alcoba con una puertecilla baja y una mampara de cristales; aquí dormían Cervantes y su esposa. Yo contemplo estas paredes rebozadas de cal, blancas, que vieron transcurrir las horas felices del ironista...»



(D. L. K. P. F.)

STAIRCASE

Catalina

CARRIDA es, aunque no alta su figura, la cara más alargada que redonda, y blanca sería la su color, que hacé morena la vida sana del campo. Hay en sus verdes ojos una extraña simpatía, que trae rendido al mocerío del lugar, y también, que todo ha de decirse, hay un extraño brillo en las arcas del tío sacerdote que lo trae no menos rendido. Pero si ella es muy solicitada por su hermosura, que con ella se sobrara para serlo, además de las otras razones, es no menos discreta para ser amable, sin que su cortesía pueda dar lugar a otra cosa. Y en todo caso, a lo más que solía llegarse era a que, cuando ella presenciaba las graves conversaciones que con el tío habían los amigos de la casa, éstos, entre sus gravedades hubieran de engarzar algún donaire para la sobrina, por si era tenido en cuenta, y no lo era.

Pero he aquí que ha llegado, forastero, un nuevo amigo que anima las sobremesas con la brillante conversación que da una vida azarosa vivida intensamente por un temperamento humano y artista.

Él es nada mozo, *el rostro aguileño, el cabello castaño, alegres los ojos, rubia la barba, los bigotes grandes, la boca pequeña*, la estatura mediada...

¡Ah, y qué mundo de cosas desfila por su ameno hablar! Narraciones de batallas, narraciones de cautiverio, de lances de la vida marina, historias de soldado, historias de los que han hambre y sed de justicia. Descripción de países lejanos y de raras costumbres, y también cuentos y decires de poeta y de los amigos poetas. Menos hacía falta. Catalina ve acercarse a ella por la condición al que le parecía lejano por la edad, y muy pronto vió que su altivez ya no lo era...



Cervantes ha corrido ya medio mundo y también media de su vida, como quien dice. Artista, ya ha hecho su Italia; soldado, ha vivido la ocasión de Lepanto; ha sufrido en Africa su cautiverio, y ha conocido todo triunfo y todo trabajo; ¡en suma: ha hecho la vida inquieta y audaz de los españoles de su época! Hele ahora en Esquivias, apenas si llegado de Argel, presto a *rehacer* su vida, y en el momento en que es preciso el puerto, el rincón apacible: la mujer; y vienen los sabrosos coloquios, los paseos familiares por los campos, al atardecer, interrumpidos por el toque del *Angelus*; y, por fin, la participación de la boda a los amigos en un buen día, durante las fiestas, algo paganas, de la vendimia.

Santuarios de la raza

¿Cómo llamar, si no, a la ventana en que escribiera Cervantes?

Es un mirador del tipo corriente en el pueblo: en el grueso del muro, que lo es mucho, queda lugar bastante para la mesa y la silla; este espacio lo limita por

un lado la recia puerta clavada, y por otro la reja que cierra todo el hueco, y, a manera de lecho, hay una disposición de complicadas molduras que finge una bóveda barroca.

El lugar es propicio para el sosiego que necesita el bello escribir; por entre la reja se divisa todo el campo de Esquivias, dorado por el sol poniente, cerca las mieses con sus rubios penachos, y allá las viñas en orden alineado y los pequeños cerros que varían ligeramente la planicie inmensa tendida hasta los montes de Toledo. Acaso jamás abandonó a Cervantes la nostalgia de este bello rincón, que hubo de dejar al fin para seguir su vida cada vez más infortunada.

Muchos años han de pasar y aun apenas ha recordado algún amargo día. «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme», vuelve rápida su imaginación para, acaso, evocar el bello rincón de Esquivias, y así, y ya con la sonrisa en los labios y en la intención, sigue escribiendo: «Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte...» Y en otra ocasión dice de «Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar...», y recuerda en esta ocasión, y en más ocasiones, y siempre, y aun cuando ya casi está finando su vida

«Puesto ya el pie en el estribo...»

aun explica cómo «sucedió... que viniendo... del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes, y otra por sus ilustrísimos vinos...».

Regreso

En las horas finales del día la luz se torna en un brujo y fantástico destello, la carretera en una cinta de plata que se va trenzando entre las viñas y los olivares por entre la tierra sombría, y los olivos en grupos de morenas mujeres que bailan una extraña danza levantando en alto los brazos y agitando los ramos verdes que en las manos llevan. En esta hora, en el campo de España la jota se oye siempre, y parece brotar de la tierra como un suspiro de ella misma al fin de la jornada.

La carretera indica a lo lejos un grupo de casas; nueva es su silueta; hay una torre cilíndrica y muy alta coronada por un penacho de humo que parece una nube d' primavera.

¡Cómo quisiéramos a Castilla llena de torres así!

ENRIQUE COLÁS HONTAN,

Dibujos del autor.

Arquitecto.

